



SUSCRIPCIONES

Trimestre	4	ptas.
Semestre	7,50	>
Año	12,80	>

Redacción y Administración:
San Bernardo, 17, 2.º
MADRID

ORGANO OFICIAL DE LA COMUNIÓN CARLISTA

Fundador: Excmo. Sr. Conde de Campo Esquina

Repasando la Historia

Las hazañas del anticlericalismo.-Desde Fernando VII a Canalejas y Galdós.-¿Quién salvó a la Regencia en 1899?-La nueva inquisición

No queremos perturbar la euforia y el júbilo que invaden hoy a la democracia española. Las salvas, repetidas, de la Artillería; el desfile marcial de los soldados con su vestimenta de gala; la música de los clarines y de las bandas de los regimientos que pasan; las banderas, los corajes; los vítores y los aplausos con que la republicana gente saluda al ciudadano, que, ayer, no más era que un oscuro funcionario público recluido en la covachuela de un Ministerio, desconocido de las multitudes que hoy le aclaman, que ignoraban cuánto talento lúcido y esplendoroso se albergaba en aquel modesto jefe de Negociado, pero que, en el día de hoy, ganador de batallas electorales, ¡oh milagro de los regímenes democráticos!, es ensalzado, rodeado de los supremos honores, al más alto puesto de esta complicada máquina del Estado moderno, amo de todo y rector de todas las actividades, si no nos contagian, nos vedan, al menos, no desentonan con nuestros ayes de dolor en el republicano concierto. Ahoguem, pues, el grito de nuestros corazones, heridos y lacerados por tantas y tan seguidas ofensas recibidas en nuestras creencias y en nuestros sentimientos más acendrados, y ya que no podemos execrar, ni maldecir, ni aplaudir, ni vitorear, refugiémonos en el recuerdo de sucesos pasados, en ese consuelo de las almas escogidas que viven tanto de lo de hoy como de lo de ayer, para sacar enseñanzas de lo vivido, para saborear y volver a gustar lo pasado, para meditar sobre las causas y los efectos y para mostrar, sobre todo, a las juventudes inexpertas, cómo no hay nada nuevo *sub sole*, que la cadena de las calamidades de nuestra patria no ha comenzado en estos días, y las responsabilidades y las culpas alcanzan a muchos, ¡a tantos!, que hoy se fingen limpios y forman farisaico coro de llorones y protestantes, y fueron los más firmes y eficaces auxiliares de la revolución que al presente nos devora.

Habíamos sufrido ya las Cortes de Cádiz, en las cuales, mientras el pueblo peleaba y moría luchando heroicamente contra el Ejército napoleónico, que, merced a la cobardía de un rey felón y a la traición de una Corte de cretinos, habíase introducido con inaudito descaro en nuestra patria un grupo de *afrancesados*, esto es, de simpatizantes de los enemigos de España, aristócratas masones y políticos aventureros, sin que faltase—¡siempre la sombra infame de Iscariote!—el clérigo indigno, que en todas las épocas profana el Sacramen-

to recibido, habían confeccionado una Constitución, antiespañola y anticristiana, copia simiesca de los modelos revolucionarios de allende los Pirineos.

Tras de aquella farsa con nombre de Cortes, y de aquella burla a la patria y a los derechos de los pueblos peninsulares, en otro paso de avance, dado por la revolución, con la colaboración eficazísima de los militares sublevados en el pronunciamiento de Cabezas de San Juan, se llegó de una parte a quebrantar la disciplina, como antes se había dejado olvidado el honor, con la ley Constitutiva del Ejército de 9 de junio de 1820, que entre otros radicalismos prescribía a los soldados que faltasen a la obediencia a sus jefes cuando éstos fuesen contra el régimen liberal, y de la otra a la disolución de la Compañía de Jesús, a la supresión de muchos conventos y a la persecución más inicua contra los tradicionalistas—que entonces todos los católicos lo eran—, confiscándoles los bienes, encarcelándolos y condenando a muchos de ellos a la pena de muerte, sólo por razón de sus ideas—¡y hablaban de la Inquisición, engañando al pueblo con sus falsedades, ellos, que no se arredraban ante el crimen!—. De entonces data la primera matanza de frailes, iniciada con el asesinato del párroco de Tamarit, don Matías Vinuesa, que falsamente acusado fué sacado de la cárcel por las turbas y murió, lleno su cuerpo de heridas y destrozado su cráneo; a cuyo espantoso crimen sucedió el del obispo de Vich, fray Raimundo Struch, y 24 manresanos más, que cayeron en la emboscada de los *Tres Roures*, degollados por orden del masón Rotten, lugarteniente del sanguinario general Mina; y el de 51 presos políticos de la cárcel de La Coruña, asesinados en alta mar por disposición del brigadier Méndez Vigo; mientras, *El Empecinado*, en Cáceres, no respetaba ni a los niños, y a todos pasaba a cuchillo; y el coronel González fusilaba a trescientos realistas, y en Orense y Granada penetraba la chusma en las cárceles y mataba a los presos de derechas.

Como dice un fiel historiador de aquella época, si no se llegó entonces a los excesos inauditos de la *Comune* fué porque los tradicionalistas tenían mucha fuerza en el pueblo, y porque las potencias extranjeras, reunidas en el Congreso de Verona, intervinieron a tiempo, ante el temor a la reproducción de aquellas escenas de barbarie, que a la vez se preludiaban en la Revolución de Nápoles.

Pero lo más inicuo, lo más bo-

chornoso, lo preparado con mayor perversidad, lo que revela mayor encanallamiento en la multitud y más refinada hipocresía en los gobernantes, fueron las matanzas de 1835. *Acontecieron*, como diría aquel general tan justamente discutido y tan extrañamente olvidado de las furias populares—habrán comprendido nuestros lectores que nos referimos al general don Dámaso Berenger—al tiempo en que el Gobierno de un aristócrata masón, el Conde de Toreno, solicitaba y obtenía contra los carlistas la ayuda de las potencias extranjeras, que enviaban a España la legión extranjera de Argel, Francia, otra bien nutrida y equipada legión, Inglaterra y Portugal, un cuerpo de Ejército de seis mil hombres.

Las matanzas de frailes comenzaron, ¿cómo no?, en Madrid, el día 17 de julio. Los jesuitas de San Isidro, los franciscanos de San Francisco el Grande, los dominicos de Santo Tomás, los mercedarios, entre otros, fueron pasados a cuchillo, por las turbas, dueñas de Madrid, sin que aquellos infelices religiosos hubiesen encontrado protección alguna de parte de las autoridades, campando por sus respetos la chusma, durante todo el día. Los religiosos fueron per-

seguidos y acuchillados sin piedad, y el número de víctimas pasó de un centenar. Dióse el caso, más que peregrino, de que a la puerta del Cuartel de San Francisco, y a la vista de la Guardia de prevención y de toda la oficialidad del regimiento, allí acuartelado, los pobres franciscanos estuvieron indefensos, cayendo, uno a uno, desangrados por las heridas de populacho que les escupía, golpeaba y mataba, con especial refinamiento. De aquella fecha tan vergonzosa, es el parte, que ha pasado a la Historia como modelo de inverecundia que decía: «Continúa la matanza de los frailes con toda tranquilidad».

A las matanzas de Madrid, sucedieron los incendios de conventos y matanzas de religiosos, en Zaragoza, en Reus, en Barcelona y Murcia, y en otras muchas localidades. La cólera popular y el desatamiento de los peores instintos de la humanidad embrutecida, se logró por las lógicas masónicas, mediante un fútil pretexto, por una imbécil invención, de esas que no se conciben cómo pueden ser creídas por las gentes y que, sin embargo, consiguen su objeto, sin duda porque aquellos a quienes van dirigidas no desean otra cosa, sino que se invente algo con que ex-

cusar el desahogo de los instintos de Caín, que la fiera humana lleva en sus entrañas, cuando no tiene el freno de la Religión y de la Civilización. Corrióse la voz de que los frailes envenenaban las fuentes y que a ese envenenamiento se debía el cólera, que por aquel entonces, diezaba la población, no faltando falsarios que aseguraban haber visto a un lego echar en el pilón de la fuente de la Puerta del Sol, unos polvos, que eran el veneno de que se valían «los enemigos de la libertad y del pueblo».

Pasemos por alto, las persecuciones religiosas llevadas a cabo durante el período de la Revolución de septiembre y de la primera República que omitimos por innecesario su relato. Después de esa época, la política desarrollada por los partidos políticos y los gobiernos de la Restauración prepararon los ánimos y las conciencias, para nuevo desatamientos de la incultura popular.

Don José Canalejas, mucho antes aún, de aquella campaña indigna que la Masonería llevó a cabo contra las Ordenes Religiosas, para desviar en beneficio de otras instituciones la indignación del pueblo español, nacida de la vergonzosa pérdida de las últimas colonias. ¿A quién aprovechaba sino aquella campaña, que acusaba a las Ordenes Religiosas como responsables de la pérdida de Cuba y Filipinas, cuando eran sabidas de todos las culpas del régimen político gobernante y de la Regencia, que había pronunciado aquellas palabras, que no tardó en purgar, «piérdanse las colonias, pero sálvese la Corona de mi hijo»? Campaña que tomaba por pretexto el nombramiento del Padre Nozaleda para el Arzobispado de Valencia, había lanzado el grito de guerra, copiando las propias palabras de Waldeck Rousseau en su célebre discurso de Toulouse.

No es nuestro el comentario a las campañas anticlericales de Canalejas. Preferimos valernos de testimonios extraños, y reproducir el texto de Silvela, cuando decía: «Lo que se ha esbozado es verdaderamente alarmante; porque si lo que se pretende es que el Estado intervenga hasta el punto de que pueda arrancarnos el sentimiento y la conciencia de nuestras madres, de nuestras mujeres y de nuestros hermanos, hasta el punto de que no se consientan los libros en que se combate el liberalismo, hasta el extremo de que se persiga a toda asociación, cualquiera que sea su forma, que se tenga idea de que adquiera propiedad de esta o de la otra manera, parece que se trazan las líneas de una

verdadera inquisición en sentido inverso de la que constituyó el anatema de los pasados siglos.»

Paralelamente a esta campaña de los hombres de la Monarquía restaurada en otro campo, por boca de un personaje, ilustre literato, pero desahogado sectario, Pérez Galdós, desde el drama de tan tristes recuerdos, que se tituló *Electra*, predicaba esa frase que más tarde había de tener cumplida realidad, a partir de la *semana sangrienta*, de Barcelona, obra de un partido republicano—el lerrouxista—y de una organización societaria—la anarquista. Porque, cuando en la obra teatral, la inocente *Electra* cae «en la sima conventual empujada por el genio cristiano», representado por Pantoja, es Máximo, creación galdosiana, símbolo del laicismo, quien pronuncia aquellas incitadoras palabras: «hay que incendiar el convento», «hay que matar a Pantoja»; y las turbas envenenadas por aquellas diatribas diabólicas, de cada representación, en Madrid, y en todos los pueblos de España, salía bramando y rugiendo, en busca de conventos que quemar y de frailes que matar. Y si entonces no incendiaba ni mataba, porque no podía se entregaba, en cambio, a motines continuados y a pedreas de edificios y de personas.

He aquí una historia, a grandes rasgos trazada, de una época de fanatismo, de intolerancia y de incultura.

Todos rivalizaron en alardes de irreligiosidad, en provocaciones y excitaciones al motín y a la barbarie; y aquellos mismos, que tenían obligación de evitar los hechos y de prohibir las propagandas, si no eran ellos mismos los autores por inducción de los crímenes y de los actos de ferocidad y de barbarie, los consentían o se aprovechaban del estado pasional, que los producían. ¿Quién no estará libre de pecado? Aquello, nosotros, los carlistas, fuimos siempre, y en todas partes, los únicos que lo combatimos y rechazamos como procedía. Esos fueron nuestros servicios, que muchos, ¡ingratos!, han olvidado hace ya bastantes años, dedicándose con pérdida de todo sentido, incluso del instinto de la conservación, a combatirnos y a destruirnos.

Nuestros jóvenes lectores aprendan en el libro de la Historia, y a la hora de las responsabilidades sabrán desenmascarar a los unos y acusar a los otros, así como hacer honor al partido carlista de los servicios por él prestados a la causa de la Religión y a la causa de la Patria.

LA FE.

XICH.

La patria de los carlistas

No reincidamos.--El primero entre los primeros.

Don F. S. G.—Murcia: La persona a quien Vd. se dirige no actúa políticamente desde hace poco tiempo. Le está vedado el hacerlo. En su lugar es LA FE, quien contestará su agradecida carta de leal y buen carlista.

Perdonar es de cristiano, y quienes rezamos a diario la oración del Padre Nuestro, perdonamos de todo corazón a quienes nos hayan ofendido, para que Dios perdone las ofensas que contra El llevamos a cabo diariamente, que no en vano somos y nos llamamos: «los pecadores hijos de Eva». No solo perdonamos, sino que olvidamos, que esto ya es algo más que perdonar. Pero, ni el perdón ni el olvido de las ofensas personales obstan para que, mirando al bien de la Causa, y consiguientemente al de la patria, vayamos haciendo una catalogación de todo lo que constituya una rémora para la Causa. En esto no hay agravio, sino la persecución del bien común y el servicio de Dios.

Quiere esto decir que, el episodio o episodios a que Vd. se refiere en su carta está ya liquidado en este aspecto personal. A quienes hayamos ofendido, pedimos perdón, cristianamente, de la propia manera que nosotros perdonamos las ofensas recibidas. Puede Vd. estar, por consiguiente,

tranquilo. Pero hay que mirar el bien de España y de nuestras creencias, y, este bien, que estamos obligados a buscar con todas las veras y luces de nuestra alma, nos obligan a no reincidir en las mismas equivocaciones ni torpezas de antes. Hay un pensamiento, asaz conocido, que dice: que, el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Aprendamos, nosotros, pues, para no reincidir. Por el camino que llevábamos no íbamos a ningún lado, sino a la esterilidad de los mejores esfuerzos. No es momento el actual, para sentarnos a esperar a que muera don Alfonso Carlos. Pudiera suceder que la patria se muriera antes o nos murieramos todos, de asco y de desesperación. ¿No será mejor aprovechar el tiempo, siendo útiles al país, a la Religión y a la Causa?

Ya va siendo tiempo de que dejemos de hablar mal de los Marotos, de los integristas, *et ejusdem furfuris*. Debemos estar convencidos de que, lo que no hemos conseguido de los ciegos voluntarios del Tradicionalismo oficial en cuatro años de campañas incesantes, no lo vamos a conseguir ya de ninguna manera. Si ellos quieren ser *carlino* de la Restauración, siguiendo las rutas que les señala don Alfonso Carlos

con las camarillas cortesanas, que lo sean. Si quieren ser tráfugas, que lo sean. Nosotros no hemos de eximirnos de responsabilidad por el pecado que los demás cometan. Nuestra obligación es hacer lo que nuestro deber nos dicta: CON POCOS O CON MUCHOS, SOLOS O ACOMPAÑADOS.

El que nos quiera seguir, que nos siga. Vamos a la lucha, por Dios, por España y por Carlos VIII. Los que crean que no corren prisa los males de la patria que se dejen seguir sentados, comentado a Nocedal o discutiendo la batalla de Guadalete.

Conocemos los carlistas del Núcleo de la Lealtad, y ya se advierten los síntomas de lo que Vd. desea y nos pide. No hay más que un camino: que es el que nosotros hemos emprendido, y ya lo van reconociendo muchos a la luz de los altares incendiados, al resplandor de la hoguera revolucionaria. Nosotros extendemos los brazos a nuestros hermanos; todo lo tenemos olvidado ya. ¡Pero a luchar como las circunstancias exigen! ¡Eh! ¡Por España y por don Carlos!

Don J. R. V.—Barcelona: Encantados de la carta y de las palabras alentadoras de Vd. Tiene Vd. razón. Esto debiéramos haberlo hecho hace dos años y quizá los males del país no hubieran llegado a adquirir tanta y tan extraordinaria gravedad. Pero aún llegamos a tiempo. Entonces, las juventudes, tan pronto vieran nuestra actuación, nos seguirían enardecidas. Ahora, nos seguirán también, no le quepa a Vd. duda. Muchos han sido los Requetés oficiales que se solazaron y entusiasmaron leyendo nuestro número anterior. ¡Vuelve el Carlismo a sus posiciones históricas! ¡Vuelven los Requetés! ¡Ya se anuncian los días gloriosos!

¿Don Carlos? El primero entre los primeros, no lo dude. Nos consta; pero aún sin eso, nos bastaría para afirmarlo, con conocer su corazón y sus sentimientos.

Calendario carlista

MAYO

- 15.—Acción de Leunauín (1836).
- 16.—Acción de Espinal y Burgueta (1836).
- 17.—Acción de Benasal (1834).
- 18.—Carlos V abdica en favor de Carlos VI (1845).
- 19.—Acción de Noaín.
- 20.—Victoria de Hontoria del Pinar (1838).
- 21.—Victorias de Arriola y Galarreta (1836).

pleos innecesarios, las sentencias injustas, y en fin, toda esa serie inacabable de disposiciones, favores, injusticias, cargos, «enchufes», etc., que además de dividir a los ciudadanos en castas arruinan el erario público y abruman al contribuyente a fuerza de tributos e impuestos.

Se pretende justificar el régimen parlamentario apelando a la democracia y a la igualdad de derechos y deberes de los ciudadanos y prácticamente nada resulta más antidemocrático e igualitario. ¿No lo estamos viendo en España, por desgracia, desde hace un siglo?

JUANIZ

Más sobre el documento

No quiero ni debo, no ya ofender ni aún molestar siquiera a la persona del Príncipe de Parma, don Javier, al que el Tradicionalismo oficial ha, seguramente, obligado a aceptar un cargo al que nunca aspiró ni se ha sentido llamado.

Por mucha, y, sin duda, respetables razones el Príncipe era francés de corazón, ideas y sentimientos.

Por ser francés es por lo que al no poder alistarse en el Ejército de Francia durante la última guerra se alistó en el belga. De ese modo defendía a su amada Francia aunque no bajo sus banderas que él, además, no podía admitir, puesto que para él la verdadera bandera de Francia continúa siendo la blanca, por la que su tío el Rey Caballero, prefirió renunciar al Trono.

Muchas y para él muy atendibles razones se le habrán tenido que exponer para que se haya decidido a aceptar un puesto al que no se podía sentir inclinado y mucho menos obligado.

No creemos, pues, que pueda caberle la menor responsabilidad de ese acto de aceptación al que la insistencia de los integristas y alfonsinos que rodean a don Alfonso Carlos le han inducido.

Príncipe piadoso, ferviente católico, enamorado de la Tradición y antirrevolucionario irreductible habrá creído que si no asumía el papel que se le encomendaba la Comunión Tradicionalista española iba a extinguirse, y antes que admitir eventualidad para él tan dolorosa se ha decidido al sacrificio (para él sin duda lo es) que el integrista dirigente le acaba de llamar.

Tal es nuestra sincera opinión acerca del Príncipe de Parma.

Pero bien, ¿hay derecho a eso señores integristas y alfonsinos que rodean Vds. a don Alfonso? Es lícito que en nombre de unas masas fidelísimas y honradas que no pueden en forma alguna transigir con una familia que aceptó la Constitución liberal (que es la que nos ha conducido a la terrible situación en que nos encontramos ahora) ni pueden en ningún modo tolerar que se pase una esponja sobre el pasado de un Rey como don Alfonso XIII que dos días de ser arrojado del Palacio de Oriente ofrecía el poder al que acaba de ser arrojado también del mismo Palacio señor Alcalá Zamora, se suscitan continuas dificultades para la designación de heredero y se haga ver o creer a don Alfonso Carlos que es preferible aplazar una vez más la solución del problema y nombrar un Regente aún contrariando las ideas y los sentimientos de éste?

Esto no se puede ni se debe hacer. Eso no es digno ni es serio.

Y no se nos hable de que tal es la voluntad del Rey, y que, por tanto, hay que acatarla. No nos engañamos a sabiendas de que nos estamos engañando. Cuando uno sabe positivamente que se le va que se le está quemando ya la casa en que vive no se tiene derecho a decir que no hay peligro alguno en permanecer en ella. Vale más que se lleven un susto los que viven en ella que no que perezcan abrasados. Lo mismo decimos del tradicionalismo oficial. No hay derecho a apelar al argumento de la «voluntad real» para obligar a las masas a aceptar una solución... que no resuelve de hecho nada, porque todos estamos en el secreto de que la voluntad del Rey es causa de su avanzada edad y de lo precario y débil de su salud no existe.

Y no existe, porque, además, se han apoderado de ella de un modo indigno quienes hasta el momento de oír los gritos desafo-

rados de la revolución triunfante, y de ver que no eran más que unas docenas mal contadas de correligionarios no hicieron más que cuanto guerra les fué posible al Tradicionalismo.

Tenemos entendido que pasada la impresión de los primeros momentos, muchos tradicionalistas «oficiales» han comenzado a reaccionar, y a ver con más detenimiento el Documento, en el que se instituye la Regencia, y a ver por último, que no se trata más que de una maniobra integrista alfonsina cuyas víctimas un noble Príncipe y las siempre honradas y crédulas masas carlistas.

Pero es hora también de que éstas abran los ojos por comple-

to y de que se percaten de que se está jugando con ellas.

No vayan a creer que la actitud que nosotros hemos adoptado ha obedecido a un nuevo capricho o a un simple desprecio de índole personal.

¿Que saldríamos ganando particularmente en ello? Si nosotros tuviésemos duda del fin que le aguarda al Tradicionalismo oficial sacrificáramos en él y lucharíamos dentro de él con alma y vida, pero viéndolo, porque lo estamos viendo, nos es imposible hacerlo.

Si piensan, pues, los tradicionalistas de buena fe en el Documento a que aludimos se darán cuenta de que precisamente ese documento constituye una en contra de los dirigentes del Tradicionalismo oficial.

ANDUEZA

Ondas Carlistas

Vamos a entrar a juzgar con este artículo algo que por ser cierto y razonable pienso brindar a todos los buenos tradicionalistas que aún permanecen retraídos en ese campo integrista de la Comunión Oficial, siquiera sea con la sana y fraternal misión de avisarles a tiempo, aunque su interpretación y actitud queden luego al verdadero sentir de su conciencia.

El generoso consejo de un hermano que quiere sólo puede ser mal llamado tónico por los que no quieren escuchar su propia sentencia para no sufrir los desastres del desengaño y, en este caso, hiriendo mi modestia, pero con la conciencia muy tranquila, a unos y a otros hermanos voy a dirigirme colocando en medio la experiencia que me ha enseñado a conocer, para que todos oigan la afirmación sincera de unos hechos que se vienen registrando y comprendan a su vez mi leal consejo en bien de esta virtuosa hermandad que no debe desaparecer por terca e incomprensible batalla fratricida.

Y pasemos a ocuparnos de lo ocurrido en esta españolísima región de Andalucía, para que de ello se forme un juicio sereno, capaz de despertar al más incauto que aún continúa prestando celo y confianza a unos hombres encubiertos de tradicionalistas, pero que no son ni más ni menos que la dirección general de un partido integrista con todos los atributos de sectarios y farsantes a la verdadera ideología nuestra, nacida y sellada con sangre de bravos en el altar de Dios y de la Patria.

Es lógico que aquí, por Andalucía, sean muchos los tradicionalistas de voluntad y pocos, en cambio, los que puedan autenticar su adentrado Carlismo, ya que por lo primero el programa de la Comunión encaja perfectamente en el carácter andaluz, por ser éste creyente y amoroso con España, clásica y formalmente, pero en cuanto a lo segundo ya no es fácil asegurar lo mismo, porque homenajear a la verdad, los que levantaron opinión y masa por estas tierras hablaron, sí, de tradicionalismo, pero sin duda alguna por no sentir una conciencia leal, no hablaron para nada del auténtico Carlismo.

Así se explica cómo en la actualidad ha sido fácil el derrumbamiento del tradicionalismo nacido con cimientos integristas y sostenidos con la fantasía de unas columnas de papel de plata muy adecuado para envolver chocolates y no corazones fervorosos y entusiasmados.

Sevilla renació al tradicionalismo oficial por el trabajo infatigable de Fal Conde, que hasta aquí entonces mereció tal reconocimiento, pero hasta aquí nada más.

Recuerdo que hace dos años, y con motivo de la inauguración del nuevo local sevillano, vimos allí una gran representación de todas las clases sociales, abundando el dos varios centenares de Requetés.

Dirigieron la palabra con lágrimas de magdalena o dolidos de vergüenza algunos diputados nortefios integristas sorprendidos al encontrarse frente a la Giralda y bajo ella una multitud de andaluces que enloquecían con el fervor y el corazón puesto en la Bandera de Dios, Patria y Rey. Todos coincidieron en el mismo criterio: Esto es una segunda Navarra...

Pasó aquél acto y poco tiempo después Fal Conde mereció el ascenso. Sevilla vió rota su alma al ver que los que vieron aquél día su sentir y su gallardía, transigía con la política liberal más vergonzante, que se llegó hasta comprometer toda aquella multitud hecha tradicionalista, huyendo de la peste política y denigrante de monárquicos encubiertos y fracasados para ofrecerla cual manso redil a un bloquismo compuesto de aristócratas que ahora atraviesan las fronteras y serviles de un monarca que se adelantó a tan cobarde actitud dejando en manos de falsos destinos la historia de los españoles, que antes y ahora sufrimos al lado de la patria todas las traiciones y todos los desprecios.

Sevilla y Cádiz, conjuntamente, han vuelto a ser engañadas por el integrista, extrangulada, mejor dicho.

Nuestros hermanos obreros tradicionalistas hubieron de salir de allí al ver el desconcierto y la desconsideración que recibían de los jefatos.

La cifra exacta de los marchados por decepción no es quizá más numerosa que la de los idos asqueados y desengañados, pero entre unos y otros no han sido menos del 75 por 100; y 200 por 100 los que se reirán cuando vuelvan a ofrecerles amor y salvación.

El integrista Jefe Provincial se propuso tratarnos de la Directiva porque éramos un poco avanzados y pensó «reorganizarla» sustituyéndola por hombres escogidos de su camarilla, dando la nueva actuación este resultado:

Afiliados hasta 1934: 800 (cesamos el 1935).

Afiliados hasta 1936: 14 (contando unos cuantos retratos de integristas que pensábamos dar de baja para pontoneros).

¿Verdad, amigos tradicionalistas que el integrista es un verdadero cuadro de reorganizadores? A la vista de estos datos irrefutables, ¿quién lo duda!

GUILLERMO COELLO

Cádiz. Mayo, 1936.

DOCTRINA ASTURIANISTA

IV

El Derecho asturiano

P.—¿Tuvo Asturias una legislación propia, distinta de la general de Castilla?

R.—Sí; no sólo en materia civil y administrativa, en que hubo y aun hay manifestaciones de la legislación consuetudinaria, sino también en el orden político.

P.—¿Cuáles son aquellas manifestaciones?

R.—En el orden de la propiedad familiar, aun existen en ciertas comarcas muy extensas un sistema completo y originalísimo de aquélla, en combinación con las sucesiones y herencias, análoga a la de las regiones forales, como Aragón, y aun más particular que la éste, porque otorga a la mujer una situación privilegiada en la sociedad resultante, casi idéntica a la que ella denomina *Consortio foral*. Existe cierta libertad de testar, escogiendo el padre a uno de sus hijos por heredero y legándole los dos tercios del haber familiar para que continúe con la personalidad de la familia, dotado de gobierno y autoridad para su régimen y resolviendo los conflictos que ocurran entre todos sus miembros.

P.—¿Qué territorios son aquellos en que se conserva vivo este derecho familiar?

R.—Todos los comprendidos en la zona occidental de Asturias desde los concejos de Tineo, Salas, Belmonte, Castropol, etc.,

hasta los Ibias, Degaña, Leitariegos, etc. Como se ve, su arraigo es grande y se extiende a la mayor parte de la región asturiana.

P.—¿Reconoció el Código civil nuestro *Derecho* privativo, como lo hizo con el de otras regiones?

R.—No; quizá sus redactores lo desconocían, o fué ello debido al aislamiento reconcentrado en sí en Asturias respecto al resto de España; lo cual no obsta para que, a pesar de todo, y en contra del *Derecho* común, siga subsistiendo actualmente.

P.—¿Qué otras manifestaciones de nuestro *Derecho* existen en el orden civil?

R.—Los *Foros*, sistema especial de la propiedad, que asegura al forero el goce permanente de las fincas; el contrato de *manpostería*, tan semejante al llamado *rabassa morta* en Cataluña, para la plantación y disfrute del manzano en Villaviciosa y Colunga; el disfrute de las tierras *a monte y villa, arrote y por arromper*, verdadera comunidad dividida en porciones ideales llamadas *varas*, que son propiedad del pueblo en común, pudiendo ser cedidas a los que no son vecinos; las formas especiales del contrato de *aparcerías o comunías*, cuyas dos variedades principales son las llamadas *a armin y a la ganancia*, etc.

P.—¿Hay algo característico en la parte referente a los contratos para transmitir la propiedad?

R.—Sí, el contrato llamado *empeño o empeña*, muy usado en el Occidente de Asturias, mediante el cual el dueño o poseedor de un inmueble lo transmite a otra persona, reservándose el derecho de recuperarlo cuando devuelva al adquirente el dinero u otra cosa fungible que éste le prestó. Tiene de común con el retrato convencional el que su eficacia se halla pendiente de condición resolutoria y se distingue en que no tiene plazo. Participa de la naturaleza de la hipoteca y anticresis en lo de servir de garantía; pero difiere en todo lo demás, siendo, en suma, y en la intención de las partes, un *Derecho real inominado* que garantiza el cumplimiento de una obligación.

P.—En el orden administrativo, ¿tenemos también algunas diferencias notables de la legislación común?

R.—Sí; no solamente desde el punto de vista municipal o de cada concejo, sino también el propio de la región entera.

P.—¿Qué es lo que caracteriza a esta legislación propia de cada Municipio?

R.—Su espíritu eminentemente popular y el arraigo que tiene en la entraña misma del pueblo que por ella se rige.

P.—¿Cuáles son las principales manifestaciones de este *Derecho* municipal?

R.—La existencia en la mayoría de los concejos de antiguas *Ordenanzas*, con arreglo a las cuales se rigen los vecinos para

el aprovechamiento común de montes y pastos, manteniendo las mismas su autoridad enfrente de la ley, y apareciendo como intérprete de ellas los llamados *hombres viejos*, que en cierto modo hacen el oficio de jueces y legisladores.

COVADONGA.

(Continuará.)

(1) Véase el número 1 de LA FE.

Puntos de venta de LA FE en Madrid

Puerta del Sol (Ministerio de la Gobernación).

Calle de la Montera (iglesia de San Luis).

Calle de San Bernardo (Ministerio de Justicia).

Calle de Valverde, esquina a Puebla.

Calle de Alcalá (Palacio de Comunicaciones).

Plaza de Canalejas (Banco Hispano Americano).

Glorieta de Bilbao, esquina a Carranza.

Calle de Alcalá, quiosco «Las Calatravas».

De Administración

Se han recibido en esta Administración:

De don D. A., de Alava, 10 pesetas.

De don B. G., de Galicia, 5 pesetas.

Cantidades que han sido giradas al corresponsario don Guillermo Coello Alfaro, de Cádiz.



Boletín de suscripción

D. _____
domiciliado en _____ calle
núm. _____ provincia de _____
se suscribe a este semanario por _____ año
El importe de (1) _____ pesetas lo envío por
En _____ a _____ de
de 193 _____

(1) Año, 12,80; Semestre, 7,50; Trimestre, 4 pesetas.

Visado por la censura

PAPELERIA IMPRENTA

PLAZA DE SANTO DOMINGO, 7. - MADRID

G. PEÑA

ESPECIALIDAD EN RECORDATORIOS DE 1.ª COMUNIÓN

RESTAURANT "PADRE MOLLETE" MERIDA



Este acreditado establecimiento es el más concurrido por los muchos turistas que visitan la histórica ciudad de los césares.

La Casa Padre Mollete



PUENTE, 10 Y CASTELAR, 1

La casa PADRE MOLLETE, institución tradicional en Extremadura, es obligado punto de turismo para comer en las rutas MADRID-MERIDA

NUESTRO FOLLETÍN

Iniciamos en el presente número la publicación de Memorias de un Veterano.

Trátase de una amena exposición de la campaña carlista del 73 en Cataluña. Su autor, el heroico teniente del Batallón de Zuavos, don Miguel Alvarez de la Marina, lega en estas *Memorias de un Veterano*, una interesante pieza documental para la historia del Carlismo y de España. El teniente Alvarez de la Marina, fué compañero de guerra de aquel mártir de la Tradición, comandante Wills, cuyo nombre llena en los fastos del legitimismo un capítulo de heroísmos que ningún carlista castizo ignora.

Ambos pelearon juntos hasta el momento en que las fuerzas del genio catalán de la última guerra civil, el general Savalls, penetraron, a través de una granizada de plomo, tomando por asalto la plaza de Igualada.

El autor de las *Memorias de un Veterano*, fué el primero en entrar en la conquista de Manresa. Pelea a lo largo de la campaña catalana, y en sus momentos de reposo va tomando apuntes de las jornadas que más tarde, de retorno a su casa de Extremadura, ordena las notas recopiladas y con ese estilo correcto y

fluido, deja consignadas en la que él titula con tanta propiedad *Memorias de un Veterano*.

Reconocemos la importancia de este folleto, en el cual se refleja, además, el ambiente social del tiempo a que se refiere, y el carácter de su hombre, de tal modo que parecen que todo él nos sirve de lección adecuada al presente.

El prólogo lo firma Luis Fajardo; es el seudónimo que aparece al pie de tantos trabajos periodísticos en la vieja Prensa carlista; trabajos de erudito, de superado polemista, que dejó en las columnas de nuestros periódicos impresas las huellas de un espíritu recio de caballero legendario, en vasta y sólida cultura, adornada con las galas más preciadas del clásico estilo que distinguíó siempre la fecunda obra del excelentísimo señor conde de Campo Espina, que con aquel seudónimo enalteció las Letras.

Memorias de un veterano serán publicadas en forma encuadernable, como van en el presente número, para que puedan ser coleccionadas por los lectores de LA FE.

A este folletín seguirán otros, habiendo uno, inédito, que será anunciado oportunamente.

PRÓLOGO

La del alba sería cuando este nuevo D. Quijote salió de Badajoz, no en busca de aventuras, sino en defensa de los ideales con que se había amantado.

Por su Rey y por su Dama lucharon los antiguos paladines; desfacer entuertos y proclamar la hermosura de su Dulcinea, fué la misión de D. Quijote; a luchar por su Dios, por su Patria y por su Rey, salió este seminarista, harto de latines y humanidades, ayuno de ciencia militar.

El amor a Dios arraigó en su pecho desde muy niño con el ejemplo y la piedad de aquellas santas mujeres entre las que se criara. La defensa de la Patria fué siempre su ideal, imitando a los veteranos de la guerra de la Independencia, algunas de cuyas épicas hazañas le servían de entretenimiento en su niñez, contadas por el que las ejecutó. En el servicio del Rey hubiera sido capaz de, en lo más recio del combate, viéndole en tierra por haberle muerto el caballo, ofrecerle el suyo y subirle en sus brazos repitiendo lo que aquel infanzón: —El caballo vos han muerto—Subid, Rey en mi caballo—E si non podéis subir—Venid, subid en mis brazos. ¡Tiempos, ideales y dorada juventud! ¿dónde soisidos?

De re-carlista

A los Requetés de Madrid

La Comunión Carlista profesa principios imperecederos, tiene fe en su triunfo, voluntad para la acción y tenacidad en la empresa. No de otro modo podría explicarse esa consecuencia de cien años en el ostracismo, tan admirada de todos, tan respetada por sus mismos adversarios. Nadie en España puede mostrar una patente limpia de pecado político como esa del Carlismo. Por eso el Carlismo es también el único que en España puede chillar alto, muy alto, con voz acusadora. Por lo mismo, afea en el Tradicionalismo ese empeño de vulnerarlo con modernas facetas de política al uso. Al Tradicionalismo debiera bastarle un solo diputado para que en cada momento oportuno se presentara en las sesiones parlamentarias para protestar, a la vez que exponer los fundamentos doctrinarios en que la protesta se afirma. Cada vez el Tradicionalismo se va inclinando hacia la «política» usual, repugnante, que todo tradicionalista rechaza. En cambio, poco se miró por los Municipios y las Diputaciones provinciales se nutran de representación tradicionalista.

Ese es el punto más interesante del tradicionalismo. Esto nos hace pensar que existe más puridad, más rectitud en el sector tradicionalista, que sigue denominándose, a secas, *Carlista*. Observamos también que aquel respeto y consideración de nuestros adversarios o enemigos son precisamente para esos *carlistas* que no doblegan ante nada ni ante nadie. Llevan en el tuétano lo que los viejos héroes de las guerras civiles. Nosotros, los *requetés* «oficiales», las *juventudes* «oficiales», como los castizos carlistas nos llaman, hemos de reconocer que gravita sobre nosotros pesadamente este espíritu de *vieja y chanchullera política* de nuestros dirigentes, que *en nada se diferencian en su actuación, intereses y métodos con los demás partidos políticos que España padece y soporta; de los que de la política han hecho un «modus vivendi»*.

Los demás, las *juventudes* y los *requetés*, sólo parecemos una comparsa de *compañía política* muy del siglo. Este concepto comparte buen sector de estas subalternas organizaciones. Lentamente, tal vez más de prisa de lo que parece, este juicio va tomando cuerpo entre nosotros, y, al fin, habrá que virar hacia donde ya parece que vibran otros ánimos que los que en nuestro ambiente sentimos; esos ánimos que queremos sentir recios y bullentes, porque es necio suponer que en las *Juventudes* y en los *Requetés* no hay quien sienta en la conciencia la voz de la civilidad, y en la voluntad y en el ánimo el espíritu de ciudadanía, que fuera criminal ahogar a capricho de directores que van tomando la postura de verdaderos *asentados* en el campo de la politiquilla de sus conveniencias. Así dormitamos todos. Nadie, sin embargo, puede afirmar con verdad que el concepto de tradicionalismo sea compatible con esta quietud, esta pasividad y sedentarismo a que han reducido los círculos y organizaciones sus actividades. ¿Habrá que pensar que, no siendo época electoral, aquí no hay nada que hacer? Las *Juventudes* y los *Requetés* son la guardia de honor del Tradicionalismo. Pero, sin período electoral, parecemos convertidos en guardianes de nuestra propia modorra y de intereses que en nada van con los supremos de la Patria. Esta está en peligro, pero ello no parece inquietar gran cosa a nuestros dirigentes. A nosotros, en cambio, sí. Sentimos en nuestras venas la sangre de carlistas que nuestros padres nos transmitieron, que es la sangre de nuestros abuelos. Y si es en el Carlismo «donde más el grito de la patria suena», jamás debemos negar la partida de nuestra fe ratificada como está con sangre de héroes y de mártires vertida generosamente sobre la faz de España por salvarla, que tiene sobre cada pedazo de tierra la cuna de un soldado y bajo de ella la tumba de un cruzado de la Tradición.

Si es verdad que un hombre de honor no capitula sino después de muerto, el *Requeté*, que lo es siempre, ha de afrontar en lo sucesivo las cobardías que le rodean y que le instigan al marasmo, conectando nuestros entusiasmos, y nuestros anhelos, y nuestras aspiraciones al «polo magnético del españolismo», del Carlismo castizo que transmite las vibraciones de nuestra historia desde LA FE.

J. B. REQUETÉ, de los «oficiales».

Es digno de notar que toda la tramitación para excluir del trono al católico Carlos V y entronizar a la liberal Isabel II, la llevó el grupo absolutista capitaneado por Calomarde. Una de las medidas edificantes de estos ministros fué el cerrar todas las Universidades del reino y abrir dos escuelas de tauromaquia.

Los que daban por muerta a la Comunión Carlista, ¿cuántas veces no les ha tocado huir ante los Requetés, para dar fe a cada paso, como los soldados del Sepulcro del Salvador, que el Carlismo resucita cuando quiere y debe, dispuesto siempre a cumplir su misión providencial en España?

La República y los sueldos de los funcionarios

No vamos a meternos ahora en disquisiciones acerca del Derecho político ni acerca de la naturaleza y fines del Estado, porque el tema podría llevarnos a un sinfín de cuestiones y temas impropios de un artículo periodístico. Pero es evidente que sea cualquiera el concepto que se tenga del Derecho natural, del Derecho positivo y del Derecho político, y lo mismo acerca de la naturaleza y fines del Estado, siempre resultará que el organismo que representa al Estado, sea un Ministerio, sea un Parlamento, o sean los dos juntos, han de procurar ante el *bien común*. Un Gobierno, sea cual fuere su origen, debe poner sumo cuidado en no transgredir el Derecho natural ni las leyes fundamentales del Estado y en tener siempre ante sus ojos los intereses generales de la nación. Un Gobierno de partido no debe fijarse nunca en los intereses de su partido ni en los de los partidos contrarios a aquel del cual procede, porque en ese caso pierde su razón de ser, y la razón de la autoridad con que pretende gobernar.

A lo que lícita y legítimamente puede y aun debe aspirar un partido es a vencer en unas elecciones e imponer un Ministerio que gobierne en primer lugar para la Nación, y después para todos los ciudadanos por igual, haciendo justicia a todos, sin hacer distinción entre partidos ni adversarios, y procurando satisfacer las legítimas aspiraciones de todos los ciudadanos.

Y es que el derecho (lo mismo Natural que Político) y «el *bien común*» están por encima de todos los partidos y todos los Gobiernos y de todos los Jefes de Estado.

Es, pues, completamente inadmisible la teoría que ha venido a sustentarse en los últimos discursos del Parlamento al establecer una especie de primacía de la instrucción republicana y de los partidos que constituyen el Frente Popular, sobre todo, y todos los demás partidos y ciudadanos.

Como si la República no fuese simplemente más que una forma, una manera puramente accidental y más o menos transitoria de que se vale el Estado en la actualidad para regirse y gobernarse, y el Frente Popular pudiese pasar, aun concediéndole una categoría y dignidad de que carece, de una agrupación de ciudadanos que ha logrado imponer un Ministerio dentro de esa forma accidental y transitoria de regirse y gobernar el Estado.

Es, pues, no sólo absurda, sino indignante, la pretensión de republicanizar los mandos y de exigir determinadas actitudes y, por lo tanto, determinadas ideas a los militares que pidieron el retiro en la forma que les prometió el Gobierno.

LUMBIER

No ha de tardar el día en que las gentes que deben estar con nosotros y no lo están se den cuenta que nada hay como el Carlismo para prestar ayuda al pueblo paralítico. Entonces, convencidas de que en la Tradición están las virtudes curativas de la sociedad enferma, acudirán a situarse bajo nuestros pórticos al igual que los personajes bíblicos en la albuhera milagrosa de Bethesda.

Necesidad de conocer el Tradicionalismo

Muchos, la inmensa mayoría de los tradicionalistas oficiales navarros, tienen una idea tan vaga y al propio tiempo de lo que es el tradicionalismo, que cuando oyen hablar de las consecuencias prácticas que tendría para Navarra su implantación, no sólo se sorprenden y extrañan, sino que se indignan, creyendo que se les está predicando el nacionalismo separatista. Si se les pregunta si son fueristas contestan inmediatamente: «¿Fueristas? Claro que sí: hasta morir!» Pues a los pocos se les comienza a hablar de lo que son los Fueros y de forma en que viviríamos en Navarra si gozásemos de ellos, y ya se han olvidado de que acababan de mostrarse fueristas «enrage», para pasar a ser antifueristas de hecho.

No caben distinguir el nacionalismo euzkadiano del fuerismo, y como el uno y el otro tienen tantos puntos de contacto, toman el fuerismo, que es—tiene que ser necesariamente—esencial en el tradicionalismo, toman a éste por aquél.

Así, cuando alguien, concretando el tradicionalismo, les dice que si éste triunfase desde aquel momento los navarros tendríamos nuestro Parlamento y nuestro Gobierno en Pamplona, y que nuestros diputados serían navarros, y nuestros gobernantes navarros también, y que lo mismo los unos que los otros no tendrían más misión que la de legislar y gobernar para Navarra, se escandalizan y gritan que eso es nacionalismo puro.

Y es que no tienen idea de lo que son los Fueros y, por tanto, no tienen idea de lo que es el tradicionalismo.

Sin embargo, la culpa no es de ellos, es decir, de la masa (y conste que la masa alcanza extensión mucho mayor de la que ordinariamente se cree), sino de quienes pudiendo y debiéndolos haber instruido, no lo han hecho.

Nuestros abuelos no necesitaban que se les enseñase lo que eran los Fueros y en qué consistía el régimen foral, porque lo vivieron. Precisamente eran diputados de las Cortes de Navarra los principales «promotores» —emplearemos esta palabra en su sentido actual—de la primera gloriosísima cruzada.

Las últimas Cortes de Navarra se reunieron los años 1828 y 1829, o sea hace un siglo, y por cierto que fueron fecundísimas en mucha y muy varia legislación. Sobre todo en materia de enseñanza y administración hicieron cosas que ojalá estuviesen hoy en vigor.

Pero cuando se les refrescan estos recuerdos (que para ellos no son tales) se les figura que se habla de cosas fabulosas, de algo que debió ocurrir en épocas fabulosas también, como si dijéramos «en tiempos de los moros».

No se dan cuenta de que son cosas de ayer, como quien dice, y que esta Diputación que actualmente tenemos no es más que una sucesora de la que nombraban las Cortes, y que sus atribuciones son parte nada más de las que aquéllas y el Consejo Real, o sea el Gobierno de Navarra, poseían.

Desgraciadamente, la idea que tienen la inmensa mayoría de los tradicionalistas oficiales de Navarra acerca del tradicionalismo es la de que, si triunfase, viviríamos poco más o menos como ahora, sino que en vez de República tendríamos monarquía, y que el rey tendría un Gobierno más digno, más competente y más honrado que los que ha ha-

bido y que la Religión sería no sólo más respetada, sino defendida y amparada por el rey y los Gobiernos.

En eso creen que consisten el Tradicionalismo y los Fueros: en un rey y en un Gobierno central católicos, fuertes, competentes y justicieros.

Y no es extraño que teniendo tal idea el tradicionalismo como organización política haya decrecido tan lastimosamente, puesto que en cuanto los que se decían tradicionalistas veían, o creían ver, un partido político que parecía iba a implantar un régimen como aquel que ellos habían forjado en su imaginación, se inclinaban hacia él, desertando de las filas de los viejos soldados de la Tradición.

Es, pues, absolutamente indispensable que hagamos propaganda tradicionalista pura y auténtica para que todos sepan y conozcan bien los principios políticos que defiende la verdadera y legítima Comunión Tradicionalista. Porque si los tradicionalistas se percatan bien de esos principios, difícilmente se apartarán de ellos, sobre todo si se abrazan a los mismos con sinceridad.

GOÑI.

Abdicación de Carlos V

Cuando a la muerte del rey don Fernando VII, mi muy querido hermano y señor, la Divina Providencia me llamó al trono de España, confiándome el bien de la Monarquía y la felicidad de los españoles, lo consideré como un deber sagrado; penetrado de sentimientos de humanidad y confianza en Dios, he consagrado mi existencia entera a cumplir tan difícil y penosa misión.

En España, como fuera de ella, al frente de mis fieles súbditos y hasta en la soledad del cautiverio, la paz de la Monarquía ha sido constantemente mi único anhelo y el fin principal de mis derechos. En todas partes mi corazón paternal ha deseado ardientemente el bien de los españoles. He debido respetar mis derechos, pero no he ambicionado jamás el Poder; por tanto, mi conciencia se halla tranquila.

Después de tantos esfuerzos, tentativas y sufrimientos, soporados sin éxito, la voz de esta misma conciencia y los consejos de mis amigos me hacen conocer que la Divina Providencia no me tiene reservado el cumplir el cargo que me había impuesto, y que es llegado el momento de transmitirlo al que los decretos del Altísimo llaman a sucederme.

Renunciando, pues, como renuncio a los derechos de que mi nacimiento y la muerte del rey don Fernando VII, mi augusto hermano y señor, me dieron a la Corona de España, transmitiéndolos a mi hijo primogénito Carlos Luis, príncipe de Asturias, y comunicándolo a la España y a la Europa por los solos medios de que puedo disponer, cumplo un deber que mi conciencia me dicta, y me retiro a vivir, libre de toda ocupación política, y pasaré todo lo que me queda de vida en la tranquilidad doméstica y en la paz de una conciencia pura, rogando a Dios por la felicidad, la gloria y la grandeza de mi amada patria.

Bourges, 18 de mayo de 1845.

CARLOS.

GRÁFICAS SÁNCHEZ—LARRA, 13.

PRÓLOGO

Si la Historia no es una novela convencional, como alguien dijo, sino que es la relación verídica de los hechos acaecidos en un lapsus de tiempo; nadie con más derecho a escribirla que el que tomó parte en la ejecución de ellos. Y si la Historia de una nación es la recopilación de pequeñas historias locales, como la Historia de un hombre es la de cada uno de sus días, ocupen estas Memorias el sitio que les corresponde en la General de la guerra civil.

No crea el lector encontrar en estas Memorias, como en la Araucana de Ercilla, la dicción correcta y la galanura del lenguaje; no quiera comparar las escaseces y penurias de esta campaña con aquella en que comían los caballos celemines de diamantes en morrales de tisú; pero no estuvo más bravo D. Alonso en Millarápua que este humilde seminarista siendo el primero en el asalto de Manresa.

El diario de este testigo no es el de Alarcón en la guerra de Africa; éste era como escritor gloria de España, nuestro zuavo apenas había desbrozado el Latín y no era muy docto en Humanidades. Teniendo esto en cuenta y no olvidando que estas Memorias fueron escritas sobre el mismo campo de batalla, borracho por el humo de la pólvora y maltrecho y cansado por el continuo luchar, débesele dispensar si alguna falta se nota en la dicción o algún error en la fecha o nombre de los sitios. La juventud, y extrañeza de la tierra donde se desarrolló la acción, le dan derecho a ello.

Lo que pasó en la campaña, en el radio en que

Folletín de «LA FE»

MEMORIAS DE UN VETERANO

CON PROLOGO DE

“LUIS FAJARDO”

(Marqués de Torres Cabrera)

1936

GRÁFICAS SÁNCHEZ
Larra, 13
MADRID